

Ética y estética en Rafael Cadenas

VÍCTOR BRAVO

(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, MÉRIDA-VENEZUELA)
edicioneselotro@gmail.com

El diamante y el estanque

La poesía de Rafael Cadenas, como un impensable diamante que cae en las aguas del estanque, puede quizá concebirse como la expansión desde una oquedad fundamental, desde un sentido en fuga, y en esa expansión se construye una poética con pocos antecedentes en la tradición literaria de la lengua.

Pueden deslindarse, y esa ha sido importante tarea de la crítica, etapas, períodos, en la fidelidad a la expresión poética que en Cadenas se inicia, en extenso arco, en *Cuadernos del destierro*, en 1960; e incluso mucho antes, en *Cantos iniciales*, de 1946, cuando tenía quince años.

Puede decirse que los inolvidables momentos iniciales de los *Cuadernos del destierro*:

“Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor”.

Recibido el 07/05/2010 en el Auditorium César Rengifo de Mérida en el marco del Homenaje a Rafael Cadenas ofrecido por la Universidad de Los Andes Mérida-Trujillo.

Y el tono en proclama en el poema “Derrota”:

Yo que no he tenido nunca un oficio
Que ante todo competidor me he sentido débil
Que perdí los mejores títulos para la vida
Que apenas llego a un sitio ya quiero irme (creyendo que mudarme es
una solución)
Que he sido negado anticipadamente y escarnecido por los más aptos
Que me arrimo a las paredes para no caer del todo
Que soy objeto de risa para mí mismo...

Han sido tonos y modos del decir poético donde una generación estremecida por la aclamación y el desengaño, por la ingenuidad y la agonía de una épica que asumió como destino y como derrota, se identificó fervorosamente. Y era posible encontrarse en un café universitario, alguna reunión de jóvenes, nuestros contemporáneos, diciendo de memoria el poeta “Derrota” o fragmentos de *Cuadernos del destierro*, de Rafael Cadenas, a la par de otros poemas que hoy quedan como jirones en la memoria, y recitábamos “Cómo camina una mujer que recién ha hecho el amor”, de Víctor Valera Mora, y “Oración por Marilyn Monroe”, de Ernesto Cardenal o “Taberna y otros lugares”, de Roque Dalton, entre otros queridos textos que hoy, sin embargo, se precipitan por la porosidad del olvido.

El tiempo, lo que nos destruye, implacablemente pasa, con su estela de equívocos, mistificaciones y extrañamientos pues, como dice el verso de Huidobro, la vida se contempla en el olvido;

Ética del escritor

El poema, así concebido, abre el camino hacia una ética interior, auto reflexiva, decimos en términos tautológicos porque la exterioridad de la ética se derrama en moralismos regidos por un poder. Esa apertura, como en los místicos, en poetas como en San Juan de la Cruz, como en la sabiduría tejida de silencios del Budismo, lo es hacia la carencia esencial. El Yo, en esta visión ética, es un ser carente y quizá esa sea la más profunda sabiduría del vivir, en el azote inclemente de la necesidad, el deseo y la muerte; y ante esa condición abismal cuya más extrema imposibilidad es el sin sentido, imposibilidad pues, como ha señalado Nietzsche, el hombre puede soportar casi todo mientras lo comprenda, mientras tenga sentido; el yo, la cultura, la danza simbólica del sentido, construyen las máscaras de la plenitud: la máscara de oro, diría Borges, que oculta el vacío, la fragilidad, la disolución; que construye los ruidos del reconocimiento, descrito impecablemente por Hegel. El yo que no sabe de sí mismo sino enmascarado, maquillado, en pose de actor, y como siervo, con voluntad de poder y de servidumbre, con el impulso optimista hacia la trascendencia, desfigurado por la violencia que llega a él o sale de él, atravesado por el deseo, por la destrucción del otro; el yo fabulador de su vida y de su destino, sometido a la estructura pasional que lo atraviesa como la sangre por las venas y las arterias, y la ceguera sobre su quebradiza debilidad; máscara que hace del hombre, como lo señalara Huidobro, un animal metafísico lleno de congojas. La obra de Cadenas es, sin concesiones, en la negación de esas máscaras, el testimonio poético del despojamiento del Yo, en el reconocimiento de las regiones y los fundamentos esenciales del vivir. Así, el Yo precipitándose en la huida y el exilio, asumiendo la carencia esencial en el mismo momento en que es atado por la pobreza miserable de un afuera que golpea, el Yo que roza las aristas

de la nada, en el vértigo de la fragilidad y la herida precipitándose en el abismo del mundo. Pero también el hallazgo de la belleza que en esa carencia anida, la vida manifestándose en un aura de misterio que se desprende de la propia desnudez. En *Realidad y literatura*, en tono de manifiesto, el poeta habla de la vida como “épica del error”, y señala: “No creemos en ninguna tradición espiritual, en ninguna idea, como idea, en ningún símbolo, ningún culto, ningún cielo”; y afirma: sólo conocemos una realidad: el ser humano sufriente, incapaz de vivir con plenitud, incapaz de lanzar por la borda los problemas auto-creados, incapaz de ponerle fin al dolor; el ser humano víctima de su propia psique, de sus opiniones, sus ideas, sus prejuicios, el ser humano ahogado por su miedo...”. El poeta se reconoce en su tarea ante el lenguaje (en la necesidad de levantar “espléndidas construcciones”) y en las limitaciones del lenguaje en el que se hace posible el poema; así dirá “...me asombran que sigan/ trabajando/ en la casa del idioma”. El poeta encarna como en todos los tiempos, a aquél que guía a la consciencia por la travesía desde el infierno al paraíso (o lo contrario): “uno sólo espera de los poetas/ un óbolo que nos sirva para el trayecto”. El verso pondrá en evidencia al otro que acecha: “el tirano, / el dueño de la casa/ el señor de adentro. / No deja de acechar / nuestra morada”.

Pero el poema en Cadenas se abre con la fuerza de la reflexividad y hace brotar la interrogación que permite desprender todas las máscaras del yo; desde la máscara de oro hasta la del horror; hasta la máscara de la utopía que esconden la más extrema de las negaciones del yo. En la travesía del poema el poeta alcanza la ética de la autenticidad: el abandono de las cosas del mundo, en el mismo instante en el que se propone habitar zonas del lenguaje como lugares donde es posible decir y sentir la experiencia de lo sagrado; ética en la que asume la carencia como la más auténtica disposición

para la sabiduría; la transformación de la espera, negación de la vida, tal como puede verse en la espera de Vladimir y Estragón en *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, en espera provista de intencionalidad de la vida, en la afirmación de la espera esperanzada, tal como alguna vez refiriera Kant.

Estética de la obra

La ética del escritor decía Lukács, es la estética de la obra: en la desnudez de estos versos en su despojamiento, en su acercamiento a las zonas de silencio y a la gravitación de las palabras, a distancia éstos de los ruidos del decir, purificadas en las aguas del silencio, el poeta nos acerca a la promesa del poema de la revelación de lo originario, a la vida como misterio, que parece guardar correspondencias con la noción del enigma como génesis y trascendencia de la vida en Borges; de la revelación del tiempo como presente y como instante; y paradójicamente, como experiencia de eternidad; y finalmente la revelación del otro como afirmación del yo, del “otro yo mismo” que vemos por ejemplo en la reflexión de Levinas y en esta poesía, que tiene en *Amante* el canto a la amada, a distancia de las máscaras retóricas y de las profundas idealizaciones. La amada no como la ausencia idealizada que viene del fondo de la mitología órfica sino la amada en su aparecer, despojada de retóricas e idealizaciones. El aparecer de la amada es en el aparecer del poema, “destruye / la retórica del amante”.

La estética como experiencia esencial del ser, tal como ya fue intuita por Friedrich Schiller. Los románticos imaginaron una experiencia que iría más allá de los sentidos, esos falsos testigos, según la expresión de Heráclito, y que a distancia de las religiones alcanza una nueva experiencia de la espiritualidad, la formación estética del hombre. En este sentido, para Schelling el arte cumple una función extraordinaria. Sólo en él es captable

el absoluto como la unidad del sujeto y del objeto, de la historia y de la naturaleza, de la libertad y de la necesidad. En la historia de la lectura, esa experiencia estética, si atendemos a las consideraciones de Habermas, tuvo su momento estelar en los siglos XVIII y XIX y empezó a desaparecer con el auge tecnológico que desde principios del siglo XX no cesa. La espiritualidad humana, en el desamparo de la trascendencia religiosa, alcanzó en la formación estética una nueva vertiente espiritual; hoy, cercada por la indiferencia, por el acaecer, esa experiencia tiende silenciosamente a desaparecer. En países como el nuestro, prácticamente desaparecida la experiencia espiritual de lo estético, nos precipitamos hoy en la fase endémica del desprecio al conocimiento.

Soy una voz

En la resonancia de la poesía francesa, especialmente de Rilke; y de la poesía alemana, especialmente de Keats; y en una tradición de la lengua que podemos ver con distintas entonaciones, por ejemplo en José Gorostiza, en César Vallejo, en Juan Sánchez Peláez, esta obra va construyendo una poética de la desnudez y del poema esencial.

Rafael Cadenas, en su obra crítica, colocándose en una tradición que tiene en Andrés Bello su primer momento estelar, ve en la pobreza del lenguaje la primera manifestación de nuestra pobreza cultural. En ese horizonte el poeta inicia su camino ético hacia la comunicación vital que es posible encontrar, no obstante, en el lenguaje, hacia el desprendimiento de la metafísica en una suerte de panteísmo de la naturaleza y en un viaje del sentido del verso hacia la prosa.

Convocando el poeta a deshacerse de las máscaras para señalar la fragilidad y el extravío, la negación y la carencia, las garras del poder y el vértigo de la nada, la errancia y el abismo; por arte de la lucidez poética sin

embargo nos señala el sentido final de la redención del ser en un ámbito donde lo estético se convierte en experiencia profunda de la espiritualidad; redención que estaría muy cerca de la condición de la niñez abandonada en el camino de la vida del hombre, y a la que es necesario regresar; y así dirá Rafael Cadenas: “otórgame/ el trémulo responder/ como de niño/ cuando se es cuerpo”: dirá, revelando una riqueza que es la misma de la frase de Benjamín: “La literatura es la infancia por fin recuperada”. En el hallazgo de la condición estética del lenguaje el yo se instala en la carencia, “para sostenernos en este viento del existir puro para habitar sin ninguna promesa en la sequedad”; desde allí, oficiante de “la secreta religión del asombro” que es la poesía; con profunda humildad; en la experiencia misma e intransferible de lo estético; en el temor de la desaparición y mutilación en los hábitos de la cultura de esa experiencia estética, lo que parece una verdad estadística, quizá la forma más áspera de la verdad, el poeta asume su destino: “soy una voz” dice, se arma para la épica del lenguaje: “necesito el júbilo que volvía sagrado los caminos” dice, e inicia la travesía en las aguas del lenguaje hacia la búsqueda de algo parecido al Grial; en la búsqueda de la flor azul del Novalis; como en Mallarmé o como en Rilke, hacia el poema esencial que, en la devastación de las religiones; y en el pragmatismo indiferente de la sociedad moderna, son las leves y profundamente humanas formas de la espiritualidad.